

La
UNICA
EXPLICACIÓN

Martyn Lloyd-Jones

“Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?”. —Génesis 3:8–9

En este capítulo 3 del libro de Génesis nos enfrentamos cara a cara con uno de los capítulos más importantes de la Biblia. Es uno de esos capítulos fundamentales porque la doctrina que allí se nos enseña es absolutamente esencial para la comprensión del mensaje central de este Libro. La Biblia es principalmente el libro de texto de la salvación, es un relato de la forma que tiene Dios de salvar a los hombres y las mujeres, y este capítulo en particular es absolutamente necesario para una comprensión de toda la postura bíblica. Podemos, de manera más precisa, expresarlo así: el mensaje de este capítulo 3 de Génesis es el que, por encima de cualquier otro, nos dice exactamente por qué nuestro mundo se encuentra tal como está en esta noche. Es el capítulo que nos muestra por qué es necesario el camino de salvación de Dios, nos dice qué falló en el hombre y el mundo y por qué la venida del Hijo de Dios del Cielo a la tierra se convirtió en una necesidad absoluta. Es aquí donde se nos ofrece la explicación.

Ahora bien, esta es una pregunta que debiera ser motivo de preocupación en la actualidad para cualquier persona reflexiva y que, por supuesto, se debate muy a menudo. La pregunta es: ¿Por qué las cosas son como son? ¿Qué le pasa a nuestro mundo? ¿Cómo hemos llegado a la situación actual? ¿Por qué nos encontramos en semejante estado de cosas? Esa es en la actualidad la pregunta que está por encima de todas. Todos los libros, periódicos y artículos tratan este asunto y podemos escuchar diversos debates acerca de ello. Es el denominado problema de nuestro tiempo y debemos afrontarlo a la fuerza si nos tomamos en serio la vida y a nosotros mismos. Planteémonos toda esta cuestión al estudiar este capítulo y especialmente la primera pregunta interpuesta a un ser humano de la que se tiene constancia: «¿Dónde estás tú?».

Esta no es una pregunta teórica. No propongo que llevemos a cabo un interesante debate o un monólogo, como podrías llamarlo. No nos hemos reunido para debatir este asunto de manera abstracta, ninguno de nosotros se encuentra en situación de permitirse semejante lujo. Todos oímos el otro día acerca de un joven de 20 años que iba en bicicleta por la carretera y a quien de repente le sobrevino el final. Todos nos encontramos en esa situación y, en medio de la vida, de pronto encontramos la muerte. Estamos debatiendo, pues, acerca de nosotros mismos y nuestro destino final. En otras palabras, aunque es muy interesante hablar acerca de la situación del mundo, debemos recordar que el mundo no es sino la suma de hombres y mujeres como nosotros y que el mundo es como es porque los individuos somos como somos. Debemos cuidarnos de esa tendencia fatal de aislar eso que se llama «mundo» y olvidar que el mundo somos nosotros.

Existen dos posturas antes esta cuestión que tenemos delante. Está la postura expuesta en este libro que denominamos la Biblia y están todas las demás posturas, y todas las demás posturas se pueden resumir en un sentido en la creencia general en alguna clase de proceso evolutivo. Esta noche no quiero entrar en detalles con respecto a esto porque me interesa hacer una exposición positiva, pero afirmo que cualquiera que no acepte la explicación bíblica del estado del mundo y de la sociedad esta noche creerá que el mundo ha evolucionado de algún modo: que en un tiempo hubo una forma primitiva de vida que ha ido evolucionando gradualmente por sí misma, que el hombre atraviesa un proceso de evolución y desarrollo y cada generación se encuentra en un punto algo más elevado en la escala. Igual que el hombre está por encima del animal, así mejora con respecto a la generación anterior; miramos atrás, pues, y creemos que este proceso está conduciendo al hombre a una perfección definitiva.

Simplemente lo expreso de forma apresurada y por encima. ¿Pero hay alguien que siga sosteniendo seriamente que los hechos actuales y nuestra situación actual justifican la afirmación de que el hombre es hoy mejor y más avanzado que nunca?

¿Que es mejor espiritual y moralmente? ¿Que es un ejemplar más perfecto de ser humano? ¿Hay alguien que afronte los crudos hechos de la actualidad y se atreva a aventurarlo? La tragedia es que nos aferramos a estas ideas, a estas teorías, a pesar de los hechos que tenemos delante. Más bien debemos volvernos a la explicación que nos da la Biblia acerca del estado actual de la vida. Podemos expresarlo del siguiente modo: no nos lo dice todo detalladamente, pero sí nos da la clave en cuanto al principal problema y para entender la situación esencial. Hay muchas cosas que quedan sin respuesta. Las personas siempre están preguntando: ¿Cuál es el origen del mal? Y solo hay una respuesta: No lo sabemos. Alguien puede preguntar: «¿Quién es la serpiente? ¿Cómo se convirtió en lo que se transformó?». Podemos contestar que hubo alguna clase de caída cósmica antes de la creación. Muy bien, pero la pregunta sigue en pie: ¿Cómo fue posible tal caída cósmica? Y ahí contestamos: No lo sabemos. Estamos cara a cara ante un hecho. No afirmamos que la Biblia da una explicación definitiva para el origen del mal en un sentido primordial. Nadie más puede explicarlo. Pero sí nos da una explicación extraordinaria que quiero mostrarte porque se ajusta de tal modo a los hechos que invita a que la consideremos muy seriamente.

Permítaseme resumirla del siguiente modo:

La Biblia nos dice que Dios creó el mundo, creó al hombre. Puso al hombre y a la mujer en una situación que podemos describir como un paraíso. Allí vivían y tenían comunión con Dios. Tenemos una imagen idílica. Luego pasamos a esta otra imagen que se nos ofrece en el capítulo 3. Nos habla de la vida tal como era y después nos muestra esa imagen de Adán y Eva escondiendo su amargura y su desdicha, intentando evitar a Dios y alejarse de la voz que les seguía. Anuncia la maldición que cayó sobre la tierra —que la mujer alumbraría con dolor y que el hombre trabajaría y comería con el sudor de su frente—, y se nos dice cómo aparecieron los espinos y abrojos, la enfermedad y la muerte. Primero la vida tal como la creó Dios, luego la vida tal como se volvió. Ahí está toda la respuesta, toda la explicación de la situación que estamos considerando juntos.

Pero podemos advertir que la Biblia no se limita a mostrarnos dos imágenes. Nos dice cómo la primera se convirtió en la segunda. Y ahí nos presenta la doctrina de lo que se denomina pecado. Nos dice que, debido a que el hombre hizo ciertas cosas, modificó toda la situación, y todo lo que tú y yo heredamos esta noche se debe a eso; que el mundo se encuentra tal como es esta noche a causa de eso mismo. La filosofía de la Biblia se puede resumir en dos apartados:

El primero es que los problemas del hombre se encuentran en él mismo y no en su entorno. Ahí tenemos un postulado fundamental en lo que a la Biblia concierne. Ahora bien, todas esas otras ideas creen exactamente lo contrario. Dicen que el hombre en sí es bueno solo con que se le dé la oportunidad. Por ese motivo están tan interesadas en el entorno, creen que si se corrigen esas condiciones el ser humano irá bien. Su creencia esencial es que el problema está en el entorno del hombre. Desde el principio mismo, la Biblia desmiente cualquier idea o teoría semejante. Nos dice que el hombre comenzó en un entorno perfecto, tenía todo lo que se puede desear, no le faltaba nada y, sin embargo, en ese estado paradisíaco perfecto, el hombre hizo algo que convirtió su paraíso en un desierto. La Biblia ilustra constantemente en su historia este mismo tema. En ocasiones casi parece irónica en su forma de presentarlo. Se nos ofrecen imágenes de hombres que eran hijos de padres de gran santidad, que fueron instruidos en la Palabra de Dios, que tenían todo lo que deseaban, pero acabaron siendo algunos de los peores personajes que aparecen en estas páginas. La Biblia dice que los problemas del hombre no se encuentran en sus condiciones y circunstancias, sino en él mismo.

El segundo apartado es que, en última instancia, nuestros problemas se deben a una relación errónea con Dios. Ese es el gran mensaje de este capítulo. No me hace falta indicar que esta es la gran cuestión que el mundo moderno jamás afronta. Si al menos el mundo lo comprendiera esta noche, entonces habríamos dado el primer paso vital en la dirección correcta. Sin embargo, aquí lo vemos muy clara y directamente. Fue

debido a que el hombre perdió su relación correcta con Dios por lo que todo lo demás empezó a ir mal.

Esta es, pues, la explicación bíblica de todos nuestros problemas. Nos dice que todos se deben al pecado. Nos da esa primera imagen trágica y su mensaje es que la tragedia del mundo es que el hombre sigue repitiendo ese error. A pesar de esta revelación, los hombres y las mujeres siguen haciendo exactamente lo mismo que hicieron Adán y Eva en el principio. La tragedia del hombre es que no escucha, sino que es ciego ante la historia. El problema de esta historia del capítulo 3 de Génesis sigue repitiéndose. Considerémoslo de la siguiente forma: ahí, en ese huerto, vemos al hombre y la mujer, desgraciados, infelices, avergonzados, comprendiendo que algo vital ha salido mal y que escuchan la Voz, escuchan a Dios caminando por el huerto en el frescor de la noche y se acerca a ellos y dice: «¿Dónde estás tú?». Ante ello se acobardan y esconden. En cierto sentido, ese es el epítome de todo el mensaje de la Biblia. El hombre se encuentra en su estado actual a causa de ciertos problemas fundamentales. Aquí se nos muestran de manera muy clara. Si analizamos lo que llevó a Adán a este estado de infelicidad, descubriremos lo que lleva al hombre a ese estado esta noche. ¿Cuáles son las razones?

Galatas 1.9

La primera es sin duda la siguiente: la creencia fatal del hombre de que sabe lo que más le conviene. Aquí está el hombre, creado por Dios, en un estado de perfección y situado en unas condiciones y un entorno perfectos. ¿Por qué no siguió así? ¿Por qué se encuentra el hombre escondiéndose entre los árboles y teniendo que ganarse el pan con el sudor de su frente y afrontar las plagas, la enfermedad y la propia muerte? ¿Qué es lo que ha salido mal? La sencilla respuesta es que el hombre creyó saber manejar sus propios asuntos mejor que Dios. Es tan sencillo como eso. Dios puso al hombre en el huerto y dijo: «Ahora solo tienes que vivir la vida como te pido que la vivas; te doy gran libertad, pero solo tienes esta prohibición». Dios dio la Ley al hombre y le dijo que sería feliz y estaría en comunión con él, que cosecharía los beneficios de esta creación gloriosa y nunca tendría que afrontar dificultades o la

muerte; pero recordemos lo que sucedió. La tentación vino al hombre de esta forma. Se le planteó que Dios estaba limitándole, siendo injusto con él; que, si tan solo creía en ello, existía una mejor forma de vida a su alcance y, por tanto, debía dudar de lo que Dios había dicho, no hacer caso de su Ley y tomar el fruto de ese árbol en particular, y de esa forma obtendría conocimiento e información y se convertiría en un dios. ¡Había una forma de vida superior a la que Dios había indicado! El hombre aceptó la mentira, y todo el mensaje de la Biblia es precisamente decirnos que la tristeza, la desdicha, la muerte y todos los problemas actuales del mundo, individual y colectivamente, derivan solamente de eso: la desobediencia y la iniquidad de Adán y Eva, su negación a vivir como Dios quería que vivieran, poniendo sus propios pensamientos en lugar de la Ley santa de Dios.

Eso, querido amigo, suena casi infantil en su simplicidad y, sin embargo, te pido que reflexiones y consideres si no es algo obvio en nuestro mundo esta noche. Simplemente piensa en los tremendos esfuerzos que se hacen individualmente, en reuniones o en grupos para debatir todo el problema social, el problema económico, el problema político; todo el mundo se pregunta cuál es el problema del mundo; qué se puede hacer para corregirlo. No estoy diciendo que los hombres no sean completamente sinceros, sino que estoy aquí para señalar que, en medio de todo ese ruido, conversaciones, conferencias y debates, nunca se menciona una cosa vital. Lo que nunca se considera es lo siguiente: ¿Después de todo, no se deben todos nuestros problemas al hecho de que no estamos viviendo la vida tal como Dios nos dijo que la viviéramos, a que no tenemos la relación adecuada con Dios?

Pero no estoy aquí para debatir este problema en referencia a la situación nacional o internacional, estoy aquí para insistir seriamente en un sentido individual; y la pregunta que planteo, pues, en este momento, es simplemente esta: ¿En qué se basa tu vida? ¿Eres feliz? ¿Va todo bien? ¿No te avergüenzas de nada? ¿Puedes decir que no tienes una herida abierta en el alma? ¿No anhelas algo mejor? ¿No sabes en tu fuero interno que existe otro tipo de vida? ¿De qué otra forma explicas la sensación

de vergüenza, de estar atado y encadenado? ¿Acaso no hay algo que se interpone entre tú y una vida gloriosa? ¿No tenemos la extraña sensación en nuestro interior de que no estamos hechos para lo que estamos experimentando sino para algo más grande, un clamor interno por un aire más abundante y divino?

Nuestro problema es que repetimos este antiguo error de Adán: en lugar de afrontar la vida a la luz de este libro, vivimos según las ideas humanas, elegimos las filosofías de los hombres que afirman que nuestros problemas se encuentran en nuestro entorno. No, mi problema es que no he estado obedeciendo la Ley de Dios. Dios me ha dicho claramente lo que quiere que haga en los Diez Mandamientos, en la ley moral, en el Sermón del Monte, en toda la enseñanza de los Evangelios y las Epístolas. El llamamiento a vivir la vida a la manera de Dios ha estado en la enseñanza de la Iglesia en todas las épocas y todos los siglos. Ahora bien, la pregunta que debemos plantearnos es: ¿Estoy haciendo todo lo posible, todo lo que está en mi mano, para vivir a la manera de Dios? Porque, según la Biblia, la causa inicial de todos nuestros problemas y enfermedades es la fatal idea de que sabemos cómo vivir la vida de una manera mejor a la indicada por Dios.

Que cada hombre se examine a sí mismo. Cuando afronto mi filosofía práctica de vida —todos tenemos alguna clase de teoría por medio de la cual vivimos, alguna clase de idea, aun la persona más irreflexiva—, surge la pregunta: ¿Puedo decir que estoy basando mi vida sólida y plenamente en lo que Dios ha revelado como su idea para la vida del hombre? Adán se encontró alejándose de Dios, con esa sensación de vergüenza, escondiéndose entre los árboles porque dejó de hacerlo.

La segunda razón de los continuos problemas del hombre se puede expresar de la siguiente forma: la negativa a afrontar seriamente el hecho del juicio. Pienso que eso resulta obvio a partir de esta historia. Como se puede ver, Dios dejó muy clara la situación al hombre. El hombre se queda sin excusa alguna. Dios le dijo: «Vives en este huerto; puedes hacer todas estas cosas; pero, si haces lo que te he prohibido, el juicio

será seguro». Como Dios tenía ese derecho por ser el Creador del hombre, lo puso bajo la Ley, anunció su juicio y, por tanto, el hombre no tenía excusa alguna. Dios ha dicho al hombre desde el principio que le considera responsable. Dios creó al hombre como ser responsable porque le dotó de ciertas cualidades que él mismo poseía, le creó capaz de entender la mente de Dios y por ese motivo lo sometió a la Ley, le hizo responsable y anunció el hecho del juicio. ¿Por qué llegó a ser desgraciado el hombre? ¡Qué obvia es la respuesta! No se tomó en serio el hecho del juicio. El tentador vino y dijo: «¿No creerás en eso, verdad? Simplemente escúchame y tendrás una vida mucho mejor. No debes temer consecuencia alguna. Dios solo intenta asustarte. Haz como te digo, serás completamente feliz y tendrás este maravilloso conocimiento y entendimiento, serás como un dios». El hombre lo creyó, y el juicio cayó y los hombres y las mujeres han cosechado las consecuencias desde entonces. Pero el hombre sigue cometiendo su error; encontramos la misma historia más adelante en el relato del diluvio. Allí Dios comenzó a advertir al mundo, pero el mundo se burló del mensaje y pensó que era gracioso que fuera a haber un juicio. Noé predicó durante cien años, pero el hombre no escuchaba y así cayó el juicio y vino el diluvio. Sigamos adelante y encontraremos lo mismo en Sodoma y Gomorra, aunque Lot exhortó a sus contemporáneos; el juicio se anunció y tuvo lugar. Es toda la historia del Antiguo Testamento. Dios ha anunciado juicio a través de sus siervos y profetas. Dijo que «el camino de los transgresores es duro» (Proverbios 13:15). «No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos» (Isaías 57:21).

Sufrirás si no escuchas a Dios. Es lo que se le dijo a los hijos de Israel al entrar en Canaán, pero se negaron a escuchar y sobrevino el juicio. Leemos más adelante en el Nuevo Testamento que Juan el Bautista predicó: «Arrepentíos o vendrá el juicio». Jesús de Nazaret predicó exactamente el mismo mensaje; durante tres años advirtió a la nación; les dijo que era la última palabra. Recordemos la parábola de la viña, cómo el dueño de la viña envió a sus siervos y la forma en que los maltrataron. Entonces, dijo, enviaré a mi único hijo; les daré una última oportunidad. «Tendrán respeto a mi hijo»; pero si no lo hacen, los destruiré (cf. Marcos 12:1–9). Cómo les advirtió este

Hijo, pero los judíos no quisieron escuchar. Era el antiguo error. Entonces, en el año 70 d. C., los legionarios romanos lo saquearon todo, la nación se desperdigó por el mundo y así ha seguido hasta esta misma noche. Ese es el mensaje de la Biblia. En el Nuevo Testamento también lo tenemos en el libro del Apocalipsis. Cree en esto, comprende que el juicio es un hecho; escucha antes de que sea demasiado tarde.

Pero, como ya hemos dicho, todo se encuentra aquí, en el capítulo 3 de Génesis. Es un resumen de toda la Biblia para ti y, expresado en términos individuales y personales, significa algo como esto: Dios, aunque es todopoderoso e infinito en su poder y majestad, nos conoce uno a uno. Lo siguiente que se hace obvio es que Dios ve todo lo que hacemos, es omnisciente, es omnipresente. No hay nada que hagamos que Dios no vea y de lo que no sepa todo. Conoce cada una de nuestras acciones. Esta Palabra de Dios, como dice el autor de la epístola a los Hebreos, «penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos» (Hebreos 4:12). Ese es el Dios que tenemos. Discierne los pensamientos del corazón. Cada una de nuestras acciones está expuesta ante él. «¿Puede creer alguien algo así? Querido señor, ¡usted debiera haber predicado hace años! Hoy en día nadie cree en eso». Te pregunto: ¿Ha cambiado Dios? ¿Puedes negar que nos conoce uno a uno? Lo creas o no, este es el mensaje de la Biblia. Vendrá un tiempo en la vida de todos nosotros en que de pronto escucharemos su voz, y esto es lo que nos dirá esa voz: «¿Dónde estás tú?». Dios, nuestro Creador, se dirigirá a nosotros, Aquel que nos dio nuestra alma y puso en nosotros este maravilloso potencial que poseemos. Dirá mi nombre y tu nombre y pronunciará las siguientes palabras: «¿Qué has hecho con la vida que te di? ¿Qué ha pasado con el alma que puse en ti? Adán, te di todas estas grandes posibilidades: ¿Dónde estás tú? ¿Qué has hecho contigo?». Adán se encontró lleno de amargura y desdicha, escondiéndose y siendo expulsado del huerto a los espinos y abrojos, porque no se tomó en serio esta doctrina del juicio. Mi querido amigo, esto es básico, trascendental; Dios sigue anunciando juicio.

¿Se pueden explicar las Guerras Mundiales, una tras otra, en otros términos? ¿Por qué se encuentra nuestro mundo tal como está a pesar de toda nuestra sabiduría y cultura? ¿Por qué estamos fracasando tan trágicamente? Es Dios diciendo al hombre: «No serás feliz mientras vivas al margen de mí». Dios está anunciando juicio aun en la historia contemporánea. ¡Cuán trágica la necedad de rechazar algo que se anunció hace tanto tiempo y se ha ido confirmando en todos los siglos!

La tragedia se debe en última instancia al hecho de que el hombre se aparta de Dios en lugar de dirigirse a él con sus problemas y su amargura. En su necedad, el hombre ha puesto sus propias ideas en el lugar de las de Dios sin pensar en absoluto en esa idea del juicio; pero cuando empieza a ser consciente de que algo va mal —cuando escucha la voz de Dios— su tendencia es a apartarse de él. Esta es la mayor tragedia de todas. Cuando el hombre cayó, empezó a sentir que había hecho mal y a llenarse de un sentimiento de indignidad, ¿por qué no buscó a Dios y su amistad? ¡Ojalá hubiera ido a Dios! ¡Ojalá hubiera clamado: «Dios, reconozco mi necedad, he pecado contra ti; lo admito, perdóname!». Pero no, una vez que pecó se apartó de Dios y, cuando Dios le llamó, su instinto le llevó a alejarse más aún. Esa es la tragedia fundamental del hombre: que en su profunda necesidad, amargura y vergüenza elude al Único que puede ayudarle realmente. ¿Quién puede arreglar al hombre y el mundo? Es privilegio mío encontrarme esta noche aquí y decirte que, a pesar de que el hombre es culpable de esta triple necedad, Dios se compadeció de él, Dios vino por él y le llamó a él no solo para condenarle, sino para hablarle y darle la misericordiosa promesa de que, aunque se había dañado a sí mismo y había destruido el mundo en que había sido depositado, Dios iba a entrar en él. Dios se iba a introducir en él para luchar contra el mal y sería el vencedor. Se anunció la promesa de la salvación: ¡La cabeza de la serpiente sería herida! Compadeciéndose, Dios vistió su desnudez y les indicó allí que vendría un día en que los vestiría con la justicia y la perfección de su propio Hijo y los recibiría en su seno. Afirmo que esa es la tragedia fundamental: la necedad de negarse a creer seriamente en la idea del juicio. Aquí está el mundo esta noche en su infelicidad: miremos a los hombres y a las mujeres; qué confusas e

infelices se han vuelto sus vidas. Intentan buscar la felicidad en el placer, necesitan algo y se les está ofreciendo la mismísima cosa que buscan y, sin embargo, se apartan de Dios mientras les habla, del único que puede bendecirles.

Me pregunto si hay alguien que haya sido culpable de esta trágica necesidad. Si te encuentras en este estado de amargura e infelicidad, quizá tu problema sea que te niegas a escuchar a Dios. Te está hablando. Ha venido a buscarte. Ha enviado a su Hijo a la tierra y tomó tu pecado y cargó con él en su propio cuerpo, cargó con él en el monte Calvario. Te pide que le escuches, que creas su mensaje, que le entregues tu vida, y te promete que si lo haces heredarás mayores bendiciones que las que perdió Adán. Que Dios nos conceda la gracia para ver nuestra necesidad de vivir nuestra vida tal como nos dicta y el discernimiento para saber a dónde nos dirigimos, a una muerte y un juicio ciertos; pero, por encima de todo, que escuchemos la voz de Dios llamándonos a aceptar este don gratuito de la salvación en Jesucristo su Hijo.

EVANGELIO
VERDADERO

Gálatas 1.9